

# la guerra de las galaxias y la construcción de la paz

Ildefonso Camacho

Más de un lector de esta revista pasará de largo ante un título como el del presente artículo: unos pensarán que se trata de algo demasiado periodístico; los que conozcan un poco el tema pensarán que es excesivamente técnico para que los profanos se adentren en él. Tales opiniones, sin embargo, habría que tenerlas por precipitadas. Efectivamente la complejidad técnica de la cuestión es grande, pero eso sólo significa que el juicio moral no puede hacerse a la ligera y desde declaraciones de buena voluntad tan maximalistas que nunca entren en el análisis de los problemas. Y el que la guerra de las galaxias haya ocupado muchas páginas en la prensa reciente no es sino un signo de su actualidad. Quizá los periódicos se han quedado, la mayoría de las veces, en los aspectos más espectaculares y no han sabido transmitir lo que está en juego en esta decisión del gobierno norteamericano: para nosotros, en cambio, ese es el punto nuclear de nuestra reflexión, y por eso tendremos que comenzar por explicar en qué consiste.

Tampoco se diga que la guerra de las galaxias no es un problema español, sino de los americanos. Nuestro país está integrado en una organización militar que se define como esencialmente defensiva; y los Estados Unidos son pieza fundamental de la misma. Pues bien, son ellos los que han puesto en marcha esa iniciativa ("Iniciativa de Defensa Estratégica", IDE en adelante), y nosotros podemos ser solidarios de una decisión y/o víctimas de la misma.

Un último motivo de nuestra resistencia a abordar estos temas provendrá de quienes han hecho un serio compromiso por la promoción de la paz pero lo basan en un rechazo apriorístico de todo lo que sea defensa armada. Piensan éstos que el verdadero compromiso por la paz tiene que actuar al margen de cualquier planteamiento remotamente belicista, ya que si uno entra en este tipo de razonamientos acaba por tolerar al menos ciertas formas de defensa armada. Y eso es traicionar la causa de la paz. Yo discreparía de este enfoque: porque todo juicio ético tiene que partir inexorablemente de un análisis de la realidad, por muy incómoda que ésta nos resulte; y en el momento presente el armamento nuclear y el equilibrio basado en él constituyen datos básicos de la misma. Si el ideal de la paz pasa por el desarme

generalizado (aunque no se identifique estrictamente con él), éste no es siquiera pensable si no abordamos el camino que conduciría a él partiendo precisamente de la actual carrera de armamentos. La paz es la meta, el valor supremo: pero no es posible alcanzarla sino a través de pasos sucesivos, en donde a su vez están en juego valores de menor entidad, o aquel valor supremo en sucesivas realizaciones imperfectas y limitadas.

Viniendo ya a la "guerra de las galaxias" (nombre periodístico de la IDE), fue el 23 de marzo de 1983 cuando el Presidente Reagan presentó el primer proyecto. En un primer momento tuvo escaso eco en la opinión pública norteamericana y mundial. A medida que se han ido conociendo más su contenido y sus consecuencias, se han producido reacciones de todos los signos. Se reconoce que la IDE constituye, al menos, en principio, un cambio radical en la estrategia defensiva norteamericana. ¿Podría admitirse entonces que supone un paso decisivo hacia la distensión y la paz? ¿O más bien es un nuevo estímulo para acelerar la carrera armamentista? Mi opinión es pesimista al respecto. Para justificarla, desde una perspectiva moral, tendremos que empezar por exponer en qué situación estaba la carrera armamentista y la estrategia defensiva antes del anuncio de la IDE. Luego explicaremos en qué consiste ésta. Por fin desembocaremos en un juicio moral de la misma.

## LA SITUACION ANTES DEL ANUNCIO DE LA "IDE"

Reducir el problema de los arsenales nucleares de las grandes potencias a sus dimensiones cuantitativas es no entender apenas nada del tema. En una primera época (quizás hasta comienzos de la década de los 70) sí era decisivo para medir la capacidad nuclear de un país el número de cabezas nucleares que poseía y la potencia explosiva de las mismas. La bomba de Hiroshima o la de Nagasaki tenían una potencia de 12,5 Kilotones. A partir de 1952, cuando los Estados Unidos hacen explotar la primera bomba H, se comienza a usar una nueva unidad de medida: el megatón<sup>1</sup>.

En esta época, en que la carrera armamentista se concebía sobre todo en términos cuantitativos, comenzó a funcionar la **estrategia de disuasión** adaptada a las posibilidades del armamento disponible. El que un país poseyera armas de destrucción masiva era un factor disuasorio para cualquier agresor potencial: porque éste no se arriesgaba a ningún tipo de ataque si con ello se exponía a sufrir una represalia cuyos daños no le compensara sufrir. El término "disuasión" se entiende, pues, en el sentido más duro de "intimidación" o de "disuasión por terror".

Sin embargo la estrategia de la disuasión ha conocido varias modalidades, de las que conviene destacar dos al menos. Inicialmente se hablaba de **destrucción**

---

(1) Un kilotón equivale a la capacidad explosiva de 1.000 toneladas de TNT. Un megatón equivale a 1.000 kilotones. La bomba H es la bomba de fusión (fusión de núcleos ligeros, normalmente de hidrógeno), mientras que la bomba A, que fue la utilizada en la Segunda Guerra Mundial, se basa en la fisión o división de núcleos pesados (uranio o plutonio).

**mutua asegurada** (las siglas inglesas MAD forman una palabra que casualmente significa en inglés "loco"). Significaba que las dos grandes potencias estaban en condiciones de destruirse mutuamente, cualquiera que fuese la que iniciase el ataque. Evidentemente a ninguna de ellas le interesaba dar el primer paso. La disuasión funcionaba con eficacia.

Pero esta eficacia comportaba un grado tan intolerable de brutalidad que la convertía en casi inaplicable. Por eso pronto se sustituyó por una segunda: **la respuesta flexible**. Consistía en disponer de armamento adecuado para responder en cada momento en el mismo nivel del ataque sufrido. Si la agresión se hacía con armas convencionales, las represalias se tomarían utilizando armas de ese mismo tipo; si se llevaba a cabo con armamento nuclear de escaso alcance (las llamadas armas tácticas o de teatro), también la respuesta se basaría en armas semejantes; y sólo en el caso de utilizarse armas estratégicas (de gran alcance, en torno a los 10.000 Kms.) la respuesta utilizaría armas de ese calibre también.

Este cambio induce una modificación en el tipo de armas que se fabrican. Este cambio (que supone un estímulo para la investigación tecnológica en armamento nuclear, pero es a su vez consecuencia de este mismo avance tecnológico) consiste en orientar la fabricación de armas hacia la diversificación de éstas: si antes se pretendía dotar a cada arma de un alto potencial explosivo, ahora se prefiere disponer de una gama variada (en cuanto a potencia, alcance, etc.) para hacer frente a cada ataque según las características de éste.

Se ve, por tanto, cómo decrece el interés por los grandes ingenios de destrucción masiva: la cantidad cede su puesto a la calidad y a la precisión. El avance tecnológico es aquí decisivo y permite la fabricación de armas de alta precisión. Tales armas ya no "necesitan" provocar enormes catástrofes (la destrucción directa de núcleos urbanos, por ejemplo) porque están en condiciones de limitar su acción a los centros neurálgicos más importantes (los lugares donde se almacenan las armas nucleares o los puestos de mando desde donde se dirigen todas las operaciones).

A primera vista podría parecer que estos adelantos técnicos deben recibirse con satisfacción porque permiten suavizar los efectos de un eventual conflicto bélico. Desgraciadamente no cabe tal optimismo. El aumento de precisión de las armas no mejora la situación sino que la empeora, porque en gran parte **elimina la eficacia de la estrategia de disuasión**. Veamos por qué.

Para que la disuasión funcione hace falta, ante todo, estar en condiciones de llevar a cabo acciones de represalia: que se pueda (porque se posean los medios adecuados) y que se manifieste al agresor potencial la voluntad inequívoca de hacerlo. Pero para que la disuasión sea eficaz es preciso todavía que se cumplan dos condiciones ulteriores: a) que las ciudades de los posibles adversarios sean vulnerables, es decir, que carezcan de sistemas defensivos capaces de impedir los

efectos de un ataque nuclear en represalia por un ataque previo<sup>2</sup>; b) que las armas sean invulnerables, puesto que si fueran alcanzadas en un primer ataque quedarían inutilizadas para una respuesta en represalia<sup>3</sup>.

Sin embargo hoy es cada vez menos creíble un ataque masivo anticipado. Como acabamos de indicar, la nueva tecnología nuclear ha avanzado de forma espectacular en busca de una forma de amenaza que no se centre en las ciudades, sino en otros objetivos que sean claves para la continuación de la guerra. Pero si éstos quedan aniquilados en un primer momento no cabrá ya utilizarlos en una acción de represalia. La consecuencia es gravísima. La disuasión ha dejado de funcionar, ya que la misma se basaba justamente en la posibilidad de respuesta. Antes merecía la pena esperar y no adelantarse: aunque no se tomara la iniciativa en el desencadenamiento del conflicto, existía la seguridad de un contrataque eficaz y en ello se basaba la confianza en que nadie iniciaría la guerra. Pero hoy las potencias nucleares saben que si dejan la iniciativa al otro corren el peligro de quedarse sin capacidad de respuesta, es decir, de perder la guerra; y esto es un estímulo para adelantarse y dar el primer golpe.

Es claro, pues, que la disuasión ha perdido gran parte de su virtualidad. Dicho de otra forma: antes, una guerra nuclear no podía ser ganada por nadie, todos salían de ella perdedores. Por eso la guerra no interesaba a nadie. Ahora se vuelve a hablar de ganar la guerra: para ello hace falta dar el primer golpe, y darlo de forma tan certera que anule la capacidad de respuesta del enemigo. Esto, que antes no era técnicamente viable, cada vez lo es más gracias a los avances científicos<sup>4</sup>.

Otra de las consecuencias de todo este proceso de perfeccionamiento de las armas nucleares es la posibilidad, que renace de nuevo, de la **guerra limitada**. Antes vivíamos la grave disyuntiva del "todo o nada": si la guerra nuclear se desencadenaba estaba destinada desde el comienzo a convertirse en guerra total. Hoy la llamada estrategia de respuesta flexible, ya aludida, permite dosificar la respuesta y controlar la guerra: es decir, mantenerla dentro de los límites deseados. Esta es la consecuencia de la variedad de armas disponibles y de su creciente precisión: que la guerra se puede graduar respondiendo a armas convencionales con armas convencionales, a armas nucleares tácticas con armas nucleares tácticas, a armas nucleares estratégicas con armas nucleares estratégicas. Pero se puede subir también un escalón en esta gradación: pasar, por ejemplo, de armas convencionales a tácticas,

---

(2) Esta condición es tan esencial que las dos grandes potencias se comprometieron en el acuerdo SALT I (firmado en 1972) a no desplegar los llamados sistemas ABM. Estos sistemas consisten en misiles antibalísticos capaces de destruir los misiles enemigos en pleno vuelo, es decir, antes de alcanzar su objetivo.

(3) De ahí la ubicación de los misiles en silos subterráneos o el tenerlos continuamente en movimiento en submarinos o aviones.

(4) Los "Pershing II" y los misiles "Cruceiro" que se están instalando en Europa Occidental como respuesta al establecimiento de los "SS-20" soviéticos son la mejor prueba de ello. Por ejemplo, el "Cruceiro" es un misil no balístico sino teledirigido: vuela a baja altura adaptándose a las irregularidades del terreno (con lo que son difícilmente detectables por los radares), capaces de alcanzar un blanco a 2.500 km. con un CEP de 50 ms. El CEP es el "círculo de error probable": un CEP de 50 m. significa que el 50% de los lanzamientos caerán dentro de un radio de 50 m. en torno al objetivo señalado.

si en aquel primer nivel un país está a punto de ser vencido. Y esta escalada podría convertirse en un proceso incontenible que desembocaría en la guerra total.

Teóricamente es posible, sin duda, graduar la guerra: por eso se habla de guerra limitada. Pero ¿en la práctica también? Hay serias razones para pensar que no. Algunas ya están insinuadas: la posibilidad próxima de ser vencido a un nivel inducirá a dar un paso adelante empleando armas de mayor capacidad. Otras razones son fáciles de comprender: los efectos indirectos de un ataque, aunque éste se haga con armas muy precisas, son muy difíciles de controlar y pueden desencadenar reacciones que aceleren el conflicto; las decisiones deben tomarse en intervalos muy reducidos de tiempo y sobre la base de una información cuyo suministro puede fallar precisamente por los efectos indirectos de los primeros ataques<sup>5</sup>.

Por todo ello ¿extrañará a alguien que el escepticismo sobre la posibilidad real de la guerra limitada sea cada vez más generalizado? Como se ve, avance tecnológico y precisión creciente de las armas nucleares, posibilidad de ganar la guerra, viabilidad de una guerra nuclear limitada, son factores que ponen en crisis la estrategia basada en la disuasión. Así estaban las cosas al iniciarse la presente década.

## EN QUE CONSISTE LA "IDE"

En verdad el panorama descrito sitúa a las grandes potencias en un callejón sin salida. La crisis de la estrategia de disuasión ¿no está obligando a buscar sistemas defensivos radicalmente distintos? Esta podría ser la convicción que está a la base del giro dado por el presidente Reagan a la defensa norteamericana. Hay quien piensa incluso que la postura tan crítica ante la disuasión mantenida por los obispos USA en su pastoral sobre la guerra y la paz de 1983, contribuyó a confirmar las dudas de Reagan sobre la licitud moral de la disuasión<sup>6</sup>.

¿En qué consiste entonces la IDE? En un complejo dispositivo espacial para detectar y destruir los misiles intercontinentales soviéticos en su eventual trayectoria hacia objetivos estadounidenses. Este es el primer rasgo a destacar de la IDE, en el cual han basado sus más optimistas partidarios la novedad radical del proyecto: que es **estrictamente defensivo**. En efecto, no se trata de atacar los misiles enemigos para destruirlos en los lugares en los que están almacenados. Supuesto que su ubicación está controlada, la IDE pone a punto dispositivos para detectar su lanzamiento y otros para interceptar su trayectoria. Por tanto, la IDE sólo actúa en caso de que el ataque se desencadene y como respuesta a él. Es más, esta respuesta no

(5) Cf. P. COTTA-RAMUSINO, *Evoluzione delle strategie nucleare e sviluppo tecnologico*; en: *Armi e disarmo oggi. Problemi morali, economici e strategici*, Milano 1983, pp. 198-242; E. HERR, *De la disuasion au désarmement par la politique*, Revue Théologique de Louvain 15 (1984) 411-438.

(6) Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL NORTEAMERICANA, *El desafío de la paz. La promesa de Dios y nuestra respuesta*. PPC 1983, 78-92. Cf. también I. CAMACHO *La Iglesia ante el desafío de la paz. En torno a un reciente documento del episcopado norteamericano*, *Proyección* 32 (1985) 275-298, en especial 292-297.

tiene otro objetivo que la destrucción de las armas enemigas, pero no un contrataque en represalia que dañe al agresor. La defensa no se hace mediante la contraofensiva, sino repeliendo la agresión y destruyendo los elementos de ésta. No cabe, por tanto, atribuir intencionalidad ofensiva alguna a quienes dispongan de este dispositivo, lo cual representa una novedad significativa en relación con la totalidad de las armas hasta ahora disponibles: todas eran susceptibles de doble uso, ofensivo y defensivo, y de ahí procedía su radical ambigüedad. Con estas nuevas armas, que carecen de toda virtualidad si se las quiere emplear con fines ofensivos, parece reforzarse la disuasión<sup>7</sup> y, lo que es más importante, cambiar de sentido: ya no es la estricta disuasión o intimidación por el terror, sino una disuasión basada en la ineficacia de los medios disponibles para alcanzar el objetivo deseado<sup>8</sup>.

Uno de los problemas que se plantea a la IDE, precisamente por su carácter sólo defensivo, es el de garantizar al máximo la eficacia en la destrucción de las armas agresoras. Para ello el proyecto contempla todas las fases de la trayectoria de un misil, desde que es disparado hasta que alcanza su blanco. Cuatro fases suelen distinguirse. La fase de **lanzamiento**, por su brevedad y por la distancia entre el lugar donde se desarrollan los hechos y el territorio que va a ser agredido, es menos apta para la acción defensiva a no ser que se actúe con ingenios que respondan automáticamente y puedan hacerlo, por tanto, en un brevísimo intervalo de tiempo. En la fase de **postlanzamiento** tiene lugar la separación de las cabezas nucleares del cohete que las impulsó inicialmente y la dispersión de aquéllas (de las verdaderas cabezas y de los reclamos) para continuar su trayectoria balística. La fase de **trayectoria extraatmosférica** es donde las cabezas alcanzan la mayor altura para caer luego sobre la tierra: la mayor duración de esta fase la convierte en la más apta para la actuación defensiva, ya sea mediante rayos láser, ya sea mediante los llamados "vehículos asesinos por impacto" (que destruyen el proyectil chocando violentamente con él). Por último la fase de **reentrada en la atmósfera** exige una mayor garantía de acierto puesto que es la última oportunidad de evitar la agresión: permite actuar además exclusivamente contra las cabezas nucleares que, en ese momento, ya no se confunden con los reclamos que suelen acompañar a aquéllas en todo su recorrido<sup>9</sup>.

Otra novedad de la IDE es la exclusión del armamento nuclear. Al menos en principio, este sistema defensivo sólo emplearía rayos láser de diferentes tipos y otros medios que actúan por choque. Sin embargo, se sabe que entre los expertos

---

(7) Cf. J. ROMERO MAURA, *La Iniciativa de Defensa Estratégica*, Revista Occidente n. 57 (febrero 1986) 187-201.

(8) En castellano utilizamos el mismo término para una y otra modalidad de disuasión. El inglés distingue entre "deterrence" (disuasión por el terror o intimidación) y "dissuasion" (mera disuasión). En alemán se usa el término "Abschreckung" que sugiere más bien el sentido de "deterrence".

(9) Cf. Un buen reportaje gráfico sobre todo esto en *La mayor polémica estratégica y tecnológica del siglo. Apocalipsis en el cielo*, Algo (marzo 1986) 27-41; O. SEVAISTRE, *L'iniciative de défense stratégique du président Reagan*, Etudes 364 (1986) 163-174. La duración de las cuatro fases para un misil intercontinental (de los llamados ICBM) de unos 10.000 km. de alcance sería respectivamente: de 3 a 5 minutos, de 2 a 10, unos 20, de 2 a 5. Para un misil intermedio de unos 3.000 km. de alcance la duración total de la operación rondaría los 16 minutos.

que asesoran a la Casa Blanca se disiente en este punto y algunos propugnan la utilización de pequeñas armas nucleares por razones de mayor seguridad y eficacia (sobre todo en el caso de que los misiles atacantes portasen agentes bacteriológicos, los cuales quedarían aniquilados a consecuencia del impacto nuclear). El presidente Reagan parece oponerse al empleo de este tipo de armas como forma de que el tratado ABM no quede violado<sup>10</sup>.

Pero quizá lo que más polémica ha suscitado entre los aliados de los EE.UU. es el hecho de que la IDE sólo garantiza en principio la defensa del territorio de aquel país, no la de los países europeos. Si toda la defensa europea se apoya en el Tratado de Atlántico Norte (en que todos los firmantes se comprometen a responder solidariamente al ataque sufrido por uno solo de sus miembros), ¿no comienza a haber razones para dudar de que los EE.UU. vayan a acudir en ayuda de Europa una vez que ellos tienen ya asegurada su defensa con un sistema autónomo? A nadie extrañarán entonces las muestras de desconfianza en los gobiernos centroeuropeos ante el proyecto estadounidense.

Para comprender el alcance de este "abandono" de Europa por parte de su aliado americano hay que detenerse en las fases del proyecto IDE. La larga duración del mismo hasta su total puesta a punto es otra de las circunstancias que más se han debatido. Oficialmente el programa consta de cuatro fases. La **fase de investigación**, que comenzó en el momento del anuncio del proyecto, concluirá cuando sea posible determinar su viabilidad técnica: probablemente no antes de 1992. Está previsto un presupuesto para esta investigación de 26.000 millones de dólares para el quinquenio 85-89. La **fase de desarrollo** comprenderá la fabricación y experimentación de los elementos de un sistema de defensa contra los misiles balísticos, y se calcula su duración en unos diez años. En la **fase de transición** se procederá a la instalación de este sistema defensivo, aunque todavía se seguirán manteniendo las armas ofensivas, que cada vez tendrán menos utilidad. En la **fase final** se concluirá la instalación de estos sistemas, lo que supondrá la casi total eliminación de las armas ofensivas. El conjunto de estas fases no se prevé pueda terminarse antes del año 2.020<sup>11</sup>.

## ¿ES POSIBLE EN ESTE MOMENTO UN JUICIO MORAL SOBRE LA IDE?

Las nuevas incertidumbres a propósito de la IDE, su viabilidad, sus costes, sus efectos, las reacciones que desencadenaría, etc. nos obligan a empezar esta reflexión moral con una gran interrogación. Algunos piensan que, en estas condiciones, es aconsejable suspender todo juicio moral definitivo en tanto no se aclaren

(10) Este Tratado Anti Misiles Balísticos se firmó en 1972 en el marco de las conversaciones SALT I ("Strategic Arms Limitation Talks"). Por él se comprometen las dos grandes potencias a no desplegar sistemas ABM (misiles antibalísticos), que actúan en contra de los misiles atacantes en vuelo, con objeto de no poner trabas a la destrucción de objetivos y permitir que funcione así la disuasión que se basa en la "destrucción mutua asegurada".

(11) Cf. O. SEVAISTRE, l. c., 168.

suficientemente los extremos enumerados<sup>12</sup>. Los obispos americanos por su parte, han creado un comité que analice si la actual estrategia de disuasión se atiene a los criterios que figuraban en su carta pastoral sobre el tema<sup>13</sup>. No se trata ya de elaborar nuevos criterios, sino de aplicar los que se elaboraron entonces, porque fue precisamente este punto el que quizás más atrajo la atención de los obispos.

Nosotros vamos a seguir un camino semejante y tomaremos también como punto de partida los criterios que hizo suyos el episcopado que más cerca estaba ya entonces del problema de la disuasión. Recordemos brevemente cuál es su postura.

Como casi todos los episcopados que por aquellas fechas se pronunciaron sobre la paz, también el estadounidense toma como base las palabras de Juan Pablo II en el Mensaje a la Segunda Sesión Extraordinaria de las Naciones Unidas sobre el Desarme (1982):

"En las condiciones actuales, una disuasión **basada en el equilibrio**, no ciertamente como un fin en sí, sino como **una etapa en el camino al desarme progresivo**, puede todavía considerarse como moralmente aceptable. Sin embargo, con objeto de garantizar la paz, es indispensable no contentarse con este mínimo, que además está sujeto a un peligro real de explosión"<sup>14</sup>.

El juicio de Juan Pablo II, que se pronunció antes de que se conociera nada relacionado con la IDE, supone una aceptación **provisional y condicionada**. Provisional, porque no es definitiva, sino sólo mientras prevalece una situación que debe ser cambiada. Por tanto la aceptación de la disuasión implica el compromiso de hacer evolucionar las cosas hacia una situación en que ya no sea necesaria. Y las condiciones de esta aceptación son dos: que no se busque la superioridad, sino sólo el equilibrio de fuerzas; que no se tome como meta, sino como punto de partida para iniciar el proceso del desarme progresivo.

Los obispos americanos, por su parte, que también elaboraron su pastoral sin contar con la IDE, no se contentan con reproducir las palabras de Juan Pablo II, sino que hacen una interpretación o aplicación más bien restrictiva de las mismas. Para ello formulan tres juicios de valores específicos en función de los cuales rechazan varias propuestas concretas y hacen otras recomendaciones.

Los tres juicios de valor son los siguientes: 1º) si la disuasión debe limitarse a impedir la guerra, ha de huirse de elaborar estrategias prolongadas de ataques y contraataques a través de los cuales se haga viable una victoria sobre el adversario; 2º) si el objetivo es disuadir, hay que limitarse a ello y no buscar la superioridad mili-

(12) Cf. por ejemplo A. MACCHI, *Il progetto di difesa spaziale*, *Aggiornamenti Sociali* 36 (1985) 665-674.

(13) Cf. el dato y las circunstancias en que se produce la decisión en: D. HOLLENBACH, *Whither Nuclear Deterrence? The Moral Debate continues*, *Theological Studies* 47 (1986) 117-133, en especial 118-119.

(14) Cf. el texto original francés en *Acta Apostolicae Sedis* 74 (1982) 879. El subrayado es nuestro.



tar (sólo mantener el equilibrio); 3ª) todo cambio en los sistemas o en las doctrinas estratégicas debe valorarse en función de que haga más o menos viable el camino del desarme progresivo<sup>15</sup>.

Desde estos criterios morales se rechazan las siguientes propuestas concretas: a) el aumento de aquellas armas que pueden hacer vulnerables los sistemas defensivos y de represalia del adversario (y la razón es sencilla: el peligro de que éstos queden inutilizados en un ataque invita a tomar la iniciativa y no esperar a actuar en segundo lugar); b) la voluntad de elaborar planes estratégicos que permitan ganar una guerra nuclear, sobrepasando con ello la función limitada que se ha asignado a la disuasión; c) todo lo que conduzca a hacer impreciso el contorno de lo nuclear y disminuya la diferencia entre armas convencionales y nucleares<sup>16</sup>. Naturalmente que este rechazo afecta de forma directa a la estrategia norteamericana basada en armas cada vez más precisas con las que es posible, al menos en teoría, limitar el conflicto nuclear, eliminar la capacidad de respuesta del adversario o ganar la guerra. Sin que se llegue a una condena tajante de la disuasión, hay en estas observaciones un rechazo bastante inequívoco de la orientación práctica que está adquiriendo en los EE.UU.

La alternativa de los obispos se concreta en algunas propuestas tales como: a) acuerdos bilaterales para detener la puesta a punto de nuevas armas nucleares y reducir los arsenales existentes; b) suspensión absoluta de pruebas nucleares; c) eliminación de las armas nucleares de corto alcance, las más peligrosas por su poder desestabilizador; d) retirar las armas nucleares de aquellos territorios que, en caso de guerra, serían los primeros en ser invadidos; e) reforzar el control y vigilancia de las armas nucleares para evitar que entren en acción por descuido o sin la autorización debida<sup>17</sup>. Estas propuestas, dotadas de un grado aceptable de realismo, pretenden estimular a dar marcha atrás en la carrera de armamentos, cambiando el sentido de la misma. No son originales de los obispos, los cuales solo han pretendido al insertarlas en su carta apoyar estas acciones sugeridas desde diferentes grupos y perspectivas.

¿A qué conclusión podríamos llegar nosotros si aplicamos las reflexiones que preceden a este nuevo proyecto estratégico de la IDE?

Frecuentemente se oye decir que el gran valor de esta nueva orientación consiste en que por primera vez se opta por una "defensa defensiva", mientras que hasta ahora siempre se han establecido sistemas de "defensa ofensiva": aquélla se limita a repeler la agresión, en tanto que ésta ataca al agresor. En esta hipótesis eliminaríamos una de las mayores críticas que se hacen a la actual estrategia de disuasión. En efecto, en un sistema de "defensa defensiva" no cabe siquiera pensar en la posibilidad de ganar la guerra. Que la IDE es un sistema estrictamente defen-

(15) Cf. *El desafío de la paz*, 88.

(16) *Ibid.*, 89. La traducción castellana es muy defectuosa en estos párrafos y apenas permite captar el sentido del texto original, que alude a conceptos técnicos muy concretos.

(17) *Ibid.*, 89-90.

sivo parece una afirmación, en principio, incuestionable. En la práctica, sin embargo, la cuestión es mucho más compleja, como pretendemos mostrar.

Ante todo hay que subrayar la enorme ambigüedad de un proyecto con un sinnúmero de incógnitas por despejar, comenzando por la de su propia viabilidad: en este último punto parece que se precisan diez años para llegar a conclusiones fiables. Si pudiera presuponerse que el resto de los países implicados iban a esperar pacientemente a que los EE.UU. determinasen si su plan es factible, esta cuestión carecería de relevancia: bastaría dejar que este plazo transcurriese antes de decidir como reaccionar ante este nuevo paso adelante de la carrera armamentista. Pero este supuesto es difícil de admitir: los demás países, y especialmente la URSS, van a reaccionar desde el primer momento buscando neutralizar cualquier posible ventaja estadounidense. Cuando la IDE sea una realidad ya los supuestos de armamentos y estrategias soviéticas, a las que este proyecto pretendió responder, habrán evolucionado y presentarán una faz bien diferente. ¿Qué se quiere decir con esto? Que la carrera de armamentos tiene una dinámica imposible de controlar: ningún avance de una parte, aunque sólo sea supuesto o probable, será definitivo porque inducirá un paso al frente en la otra parte. Ese camino conduce, pues, a un equilibrio siempre inestable, a una huída adelante indefinida.

Con todo esto se ve que la IDE contradice abiertamente otro de los criterios éticos formulados antes: con la incorporación de este nuevo sistema defensivo la estrategia de disuasión no busca el equilibrio entre las partes, sino una manifiesta superioridad de una sobre la otra. Se comprende ahora mejor la importancia de este punto: la búsqueda de superioridad es un factor de inestabilidad permanente. Si en los últimos años han sido frecuentes, entre los expertos y entre representantes gubernamentales de ambos bloques, las discusiones sobre cuál de los dos tenía un arsenal nuclear superior, con la IDE los EE.UU. se sitúan ostensiblemente por delante de la URSS. Aunque se puede admitir que el nuevo paso norteamericano supone una novedad radical respecto a la carrera de armas del pasado, en el fondo persiste la misma dinámica: la lucha por conseguir la superioridad sobre el otro, una superioridad que sea garantía de seguridad para el propio país y amenaza para el adversario.

Algunos han destacado las ventajas de esta superioridad. Señalan entre sus primeros frutos el obligar a la URSS a volver a la mesa de negociaciones y sentarse en ella más dispuesta a ceder ante la superioridad manifiesta de los americanos. Las noticias de estos últimos meses, incluida la propuesta de Gorbachov de retirar conjuntamente los misiles del teatro europeo, parecen confirmar esta impresión. Sin embargo, a largo plazo esta política no puede resultar satisfactoria porque sigue basándose en la fuerza del más poderoso y, por tanto, alimenta en el otro el deseo de invertir los términos y ponerse por encima: es decir, sigue favoreciendo ese equilibrio siempre inestable de la huída hacia adelante.

Por otro lado, el carácter estrictamente defensivo de la IDE sólo será realidad el día que el proyecto esté consumado y ofrezca toda clase de garantías: es decir,

cuando se pueda considerar como auténtica alternativa global a los sistemas hasta ahora vigentes. Para llegar hasta ahí faltan, en el mejor de los casos, varias décadas. ¿Qué sucederá mientras tanto? Que habrá que ir instalando el sistema de "defensa defensiva" sin desmontar el actual de "defensa ofensiva". Pero mientras ambos coexistan la superioridad de quien los posea será manifiesta; y cuanto más clara se prevea que va a ser la superioridad de una parte en un plazo no muy dilatado de tiempo, más razones habrá en la otra para tomar la iniciativa de una agresión, aprovechando que las fuerzas aún no están muy desequilibradas. De nuevo, pues, nos encontramos con el carácter desestabilizador de toda superioridad, real o potencial, verdadera o supuesta.

El mantenimiento de un sistema mixto ofensivo-defensivo vendrá condicionado además por los compromisos estadounidenses con sus aliados, especialmente los europeos. No se olvide que la IDE, al menos en su primera fase (una fase cuya duración está por fijar), sólo garantiza la defensa del territorio americano, mientras que la defensa europea se sigue confiando a las armas ofensivas, como hasta ahora. Por consiguiente la coexistencia de armas ofensivas y defensivas puede presuponerse como bastante duradera, con las consecuencias ya indicadas.

Supongamos por último, que el proyecto llegase a feliz término, es decir, que fuese suficiente como para eliminar todo el arsenal ofensivo americano (y europeo). El día que eso ocurriese podríamos decir que se ha dado un paso de gigante en el desarme. Y, sin embargo, tampoco en este supuesto cabe el optimismo. Por dos razones.

En primer lugar, un sistema de defensa defensivo unilateralmente establecido es, según el parecer de muchos técnicos, una quimera. En el fondo, supone la absoluta impunidad para el eventual agresor que podrá repetir cuantas veces quiera su ataque con la seguridad de que no tiene nada que perder (no habrá represalias en el estricto sentido del término, porque la potencia agredida carece de capacidad para ello), y sí mucho que ganar (el que alguna vez logre eludir, de forma accidental o calculada, las defensas enemigas). Pero, en segundo lugar, hay que insistir en que estas situaciones nunca son estáticas: el país con intenciones ofensivas buscará disponer de nuevas armas capaces de eludir esos sistemas estrictamente defensivos. Y el hecho de que todos sus intentos se puedan llevar impunemente a la práctica será un estímulo más para insistir en la tarea<sup>18</sup>.

Al llegar a este punto alguno puede pensar que estamos atribuyendo una maldad desproporcionada a los dos bloques o a las dos potencias. No se olvide que la estrategia de la disuasión está construida sobre este supuesto: que, si no de forma permanente, puede llegar un momento en que ambas partes actúen en esos términos tan descabellados. Porque lo que sí es permanente es la desconfianza mutua, y eso es terreno abonado para generar situaciones límites de guerra.

---

(18) Cf. K.-R. HIMES, *Star Wars: Safety or Danger Ahead?*, America (November 23, 1985) 341-345.

En resumidas cuentas, que tampoco se puede confiar la defensa de un país a eso que hemos llamado sistema estrictamente defensivo. Esta conclusión, a primera vista descorazonadora, es enormemente importante. Significa que la vía de la carrera armamentista es un callejón sin salida, aun en esta hipótesis exclusivamente defensiva. Todo lo que suponga un intento unilateral de obtener ventajas está condenado al fracaso, y sólo cabe pensar con esperanza en la vía de la concertación y del esfuerzo conjunto en una misma dirección. No es una técnica más avanzada la que pondrá las bases de una paz duradera, sino un espíritu más fraternal entre los hombres y las naciones<sup>19</sup>.

**Ildelfonso Camacho**

---

(19) Cf. K.R. HIMES, *l. c.*, 345.